

EN EL PRESENTE

HANNAH ARENDT

EN EL PRESENTE

ENSAYOS POLÍTICOS

Traducción de
Roberto Ramos Fontecoba

PÁGINA INDÓMITA

Títulos originales de los ensayos: «We refugees», «Approaches to the German Problem», «The Aftermath of Nazi-Rule», «Europe and America», «Reflections on Little Rock», «Civil Disobedience» y «Home to Roost», publicados originalmente de forma conjunta en 1986 por la editorial Rotbuch, bajo el título *Zur Zeit. Politische Essays*

© de «Nosotros, los refugiados», «Enfoques del “problema alemán”», «Las secuelas del régimen nazi», «Europa y América», «Reflexiones sobre Little Rock» y «La cosecha de tempestades», The Literary Trust of Hannah Arendt Bluecher, 1943, 1945, 1950, 1954, 1959, 1975, publicados bajo acuerdo especial con International Editors Co. y Georges Borchardt, Inc.

© de «Desobediencia civil», Hannah Arendt, 1970, 1972, publicado mediante acuerdo especial con International Editors Co. y Houghton Mifflin Harcourt Publishing Company

© de la traducción, Roberto Ramos Fontecoba

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو
Imagen de cubierta: Fred Stein
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Primera edición: octubre de 2017

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-946557-5-3
Depósito legal: C-1421-2017

ÍNDICE

Nota a la presente edición	9
1. Nosotros, los refugiados	13
2. Enfoques del «problema alemán»	37
3. Las secuelas del régimen nazi	67
4. Europa y América	111
5. Reflexiones sobre Little Rock	145
6. Desobediencia civil	177
7. La cosecha de tempestades	247
Cronología	277
Índice onomástico	281

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

Presentamos en este volumen una selección de ensayos en los que, con su lucidez y coraje característicos, Hannah Arendt reflexiona sobre algunos de los acontecimientos políticos más relevantes que le tocó vivir desde su salida de Alemania en 1933 hasta su fallecimiento en los Estados Unidos en 1975. El origen de los textos es el que sigue.

«Nosotros, los refugiados» fue publicado por primera vez en *The Memorah Journal* (31/3) en 1943, dos años después de la llegada de Arendt a los Estados Unidos. Posteriormente fue incluido en *The Jewish Writings*, antología editada por Jerome Kohn y Ron H. Feldman y publicada por la editorial Schocken en el año 2007.

«Enfoques del “problema alemán”» vio la luz por primera vez en 1945, en *Partisan Review* (12/1), la revista creada en 1934 por el Partido Comunista de los Estados Unidos. Posteriormente fue incluido en *Essays in Understanding, 1930-1954*, obra editada por Jerome Kohn y publicada por la editorial Harcourt Brace Jovanovich en 1994.

«Las secuelas del régimen nazi» surge del primer viaje que Arendt hizo a Alemania tras su huida del país en 1933. Vio la luz en la revista *Commentary* en octubre de 1950, y posteriormente fue incluido también en *Essays in Understanding, 1930-1954*.

«Europa y América» proviene de un discurso inaugural pronunciado por Arendt en la Universidad de Princeton el 28 de enero de 1954, durante un encuentro en el que se abordaba la imagen de los Estados Unidos en el extranjero. En septiembre del mismo año fue publicado en tres partes por la revista *Commonweal*, y, al igual que los dos ensayos anteriores, fue incluido posteriormente en *Essays in Understanding, 1930-1954*.

«Reflexiones sobre Little Rock». El texto, escrito originalmente en 1957 para la revista *Commentary*, con motivo de los graves disturbios raciales que se habían producido en Little Rock, no vio la luz hasta 1959, cuando fue publicado en la revista *Dissent* (6/1). Posteriormente fue incluido en la obra *Responsibility and Judgment*, editada por Jerome Kohn y publicada por la editorial Schocken en el año 2003.

«Desobediencia civil» surge de una conferencia pronunciada por Arendt en un simposio con el que el Colegio de Abogados de la Ciudad de Nueva York celebró su centenario el 30 de abril y el 1 de mayo de 1970. El texto, con ligeros cambios, vio la luz en *The New Yorker* el 12 de septiembre del mismo año, y posteriormente, reelaborado y con notas añadidas, sería incluido

en el volumen *Crisis of the Republic*, publicado por la editorial Harcourt Brace Jovanovich en 1972.

«La cosecha de tempestades». El 20 de mayo de 1975, Hannah Arendt pronunció una conferencia en el Boston Bicentennial Forum con motivo de la celebración del bicentenario de la revolución estadounidense. El texto fue publicado un mes más tarde en *The New York Review of Books* con el título «Home to Roost: A Bicentennial Address», y posteriormente fue incluido en la obra *Responsibility and Judgment*, editada por Jerome Kohn y publicada por la editorial Schocken en el año 2003.

Nuestra selección se basa en la que, editada por Marie Luise Knott con el título de *Zur Zeit. Politische Essays*, publicó en alemán la editorial Rotbuch en 1986, si bien hemos seguido las versiones definitivas de los textos tal como se publicaron en inglés, que presentamos en una nueva traducción al castellano.

1
NOSOTROS, LOS REFUGIADOS
(1943)

En primer lugar, no nos gusta que nos llamen «refugiados». Nosotros nos llamamos unos a otros «recién llegados» o «inmigrantes». Nuestros periódicos se dirigen a «norteamericanos de lengua alemana», y, que yo sepa, los perseguidos por Hitler jamás han creado ningún club cuyo nombre indique que sus miembros son refugiados.

Un refugiado solía ser una persona obligada a buscar refugio a causa de sus actos o de sus opiniones políticas. Pues bien, es cierto que tuvimos que buscar refugio, pero no habíamos cometido acto delictivo alguno, y la mayoría ni siquiera en nuestros sueños habíamos albergado una opinión política radical. Con nosotros, el significado del término *refugiado* ha sufrido un cambio: *refugiados* son ahora aquellos que han tenido la desgracia de llegar a un país nuevo sin contar con medios de subsistencia y han necesitado recurrir a los comités de ayuda.

Antes del estallido de la guerra, el término nos gustaba aún menos. Hicimos todo lo posible para demos-

trar a los demás que no éramos sino inmigrantes comunes. Afirmábamos que habíamos partido por propia voluntad hacia países que nosotros habíamos elegido, y negábamos que nuestra situación tuviera algo que ver con los «llamados problemas judíos». Sí, éramos «inmigrantes» o «recién llegados» que un buen día habíamos dejado nuestro país porque ya no nos convenía quedarnos, o bien por razones puramente económicas. Queríamos rehacer nuestras vidas, eso era todo. Y para rehacer la propia vida es necesario ser fuerte y optimista. Así que somos muy optimistas.

En efecto, aunque seamos nosotros mismos quienes lo decimos, nuestro optimismo es admirable. Finalmente, la historia de nuestra lucha ha llegado a conocerse. Perdimos nuestro hogar, es decir, la familiaridad de la vida cotidiana. Perdimos nuestra ocupación, esto es, la confianza de ser útiles en este mundo. Perdimos nuestra lengua, lo cual quiere decir que perdimos la naturalidad de nuestras reacciones, la simplicidad de los gestos, la sincera expresión de los sentimientos. Dejamos a nuestros parientes en los guetos polacos y nuestros mejores amigos han sido asesinados en los campos de concentración, lo que significa que nuestras vidas privadas se han roto.

Sin embargo, tan pronto como fuimos rescatados —y la mayoría de nosotros lo fuimos varias veces— empezamos nuestras nuevas vidas y tratamos de seguir tan fielmente como nos fue posible todos los consejos de

nuestros salvadores. Se nos dijo que olvidásemos, y así lo hicimos, con mayor rapidez de la que cualquiera podría imaginar. De manera amistosa, se nos recordó que el nuevo país se convertiría en un nuevo hogar, y tras cuatro semanas en Francia o seis semanas en los Estados Unidos pretendíamos ser franceses o norteamericanos. Los más optimistas entre nosotros incluso afirmaban que habían pasado su vida anterior en una especie de exilio inconsciente, y que solo ahora, gracias a su nuevo país, descubrían lo que es un verdadero hogar. Es cierto que a veces planteamos objeciones cuando se nos dice que olvidemos nuestro trabajo anterior, y que es difícil renunciar a nuestros ideales anteriores si está en juego nuestra posición social. Ahora bien, por lo que respecta al idioma, no hemos encontrado dificultades: después de un año, los optimistas están convencidos de que hablan inglés tan bien como su lengua materna, y pasados dos años juran solemnemente que lo hablan mejor que cualquier otra lengua —apenas recuerdan ya el idioma alemán.

Para poder olvidar más eficazmente, preferimos evitar cualquier alusión a los campos de concentración o de internamiento que conocimos en casi todos los países europeos —mencionar eso podría interpretarse como pesimismo o falta de confianza en la nueva patria—. Además, ¿cuántas veces nos han dicho que a nadie le gusta oír hablar de ello? El infierno ya no es una creencia religiosa ni una fantasía, sino algo tan real como

las casas, las piedras y los árboles. Según parece, nadie quiere saber que la historia contemporánea ha creado un nuevo tipo de seres humanos: aquellos que son confinados en campos de concentración por sus enemigos y en campos de internamiento por sus amigos.

Ni siquiera entre nosotros hablamos de ese pasado. En lugar de ello, hemos encontrado nuestra propia forma de afrontar un futuro incierto. Ya que todo el mundo planea, desea y espera, hacemos lo mismo. Pero, además de compartir esa actitud humana general, intentamos aclarar el futuro de modo más científico. Después de tanta mala suerte, queremos un rumbo completamente seguro. Por lo tanto, dejamos atrás la tierra y todas sus incertidumbres, y dirigimos nuestra mirada al cielo. Las estrellas nos dicen —mejor de lo que lo hacen los periódicos— cuándo será derrotado Hitler y cuándo nos convertiremos en ciudadanos norteamericanos. Creemos que dichas estrellas son consejeras más dignas de confianza que todos nuestros amigos; ellas nos dicen cuándo debemos compartir mesa con nuestros benefactores y cuál es el día más propicio para rellenar uno de esos incontables cuestionarios que nos acompañan en nuestra vida presente. Pero a veces ni siquiera nos fiamos de las estrellas, y recurrimos a la lectura de la mano o a la grafología. Así, averiguamos poco sobre los acontecimientos políticos pero mucho sobre nuestro querido *yo*, a pesar de que el psicoanálisis ha pasado de moda. Aquellos tiempos felices en que las damas y los caballe-

ros de la alta sociedad, para combatir el aburrimiento, conversaban sobre las geniales travesuras de su tierna infancia son cosa del pasado. Ya no necesitan historias de fantasmas, lo que ahora les estremece son las experiencias reales. Ya no hay necesidad de hechizar el pasado, pues bastante hechizado está el presente. Por lo tanto, a pesar de nuestro proclamado optimismo, recurrimos a todo tipo de trucos mágicos para convocar a los espíritus del futuro.

Desconozco qué recuerdos y qué pensamientos habitan en nuestros sueños nocturnos, y no me atrevo a pedir información, ya que yo también preferiría ser una optimista. Sin embargo, a veces imagino que, al menos durante la noche, pensamos en nuestros muertos o recordamos los poemas que una vez nos entusiasmaron. Incluso podría comprender que nuestros amigos de la Costa Oeste, durante el toque de queda, alberguen curiosas ideas que les hagan creer que no solo somos «ciudadanos potenciales», sino también, en el presente, «enemigos extranjeros». A la luz del día, cómo no, solo somos enemigos «técnicamente» — todos los refugiados lo sabemos—. Ahora bien, cuando razones técnicas te impiden dejar tu casa durante las horas de oscuridad, no es fácil evitar las oscuras especulaciones sobre la relación entre lo técnico y la realidad.

Algo va mal con nuestro optimismo. Entre nosotros hay curiosos optimistas que, después de pronunciar un montón de discursos plagados de dicho opti-

mismo, vuelven a casa y hacen un uso peculiar del gas o de la altura de un rascacielos. Parecen demostrar que nuestro proverbial buen humor se basa en una peligrosa predisposición a la muerte. Educados en la convicción de que la vida es el más alto bien y la muerte la mayor desgracia, nos hemos convertido en testigos y víctimas de un terror peor que el de la muerte —y sin haber sido capaces de descubrir un ideal más elevado que la vida—. Así pues, aunque para nosotros la muerte ha perdido su horror, no hemos tenido ni la voluntad ni la capacidad de arriesgar nuestras vidas por una causa. En lugar de luchar —o de pensar en cómo ser capaces de devolver los golpes—, los refugiados nos hemos acostumbrado a desear la muerte de amigos o parientes; cuando alguien muere, nos alegramos al imaginar todo el sufrimiento del que se ha librado. Al final, muchos terminamos por desear también para nosotros el ahorrarnos sufrimiento, y actuamos en consecuencia.

Desde 1938 —desde que Hitler invadió Austria— hemos visto con qué rapidez el elocuente optimismo puede transformarse en mudo pesimismo. Conforme iba pasando el tiempo, nos pusimos peor —nos volvimos aún más optimistas y más propensos al suicidio—. Bajo el gobierno de Schuschnigg, los judíos austriacos eran personas tan alegres que todos los observadores imparciales los admiraban. Resultaba sorprendente ver cuán convencidos estaban de que nada podía sucederles. Sin embargo, cuando las tropas alemanas invadieron el

país y los vecinos gentiles empezaron a causar disturbios en las casas judías, los judíos austríacos empezaron a suicidarse.

A diferencia de otros suicidas, nuestros amigos no dejan explicación alguna de su acto, ninguna acusación, ningún cargo contra un mundo que ha forzado a un hombre desesperado a hablar y a comportarse con alegría hasta el último día de su vida. Las cartas que nos dejan son documentos convencionales, carentes de importancia. Por lo tanto, los discursos fúnebres que pronunciamos ante sus tumbas abiertas son breves, y están llenos de vergüenza y esperanza. Nadie se preocupa por los motivos, pues a todos nos parecen claros.

Hablo de una realidad incómoda; y empeora las cosas el hecho de que, para probar mi punto de vista, no disponga de los únicos argumentos que hoy en día impresionan a la gente: las cifras. Por lo que se refiere a estas, incluso aquellos judíos que niegan de forma vehemente la existencia del pueblo judío nos conceden bastantes probabilidades de sobrevivir: ¿de qué otro modo podrían probar que solo unos pocos judíos son criminales, y que muchos judíos están muriendo en esta guerra como buenos patriotas? Gracias a sus esfuerzos por salvar la vida estadística del pueblo judío, sabemos que este tiene la tasa más baja de suicidios de todas las naciones civilizadas. Estoy bastante segura de que esas cifras ya no son correctas, y si bien no puedo probarlo con nue-

vos datos, ciertamente puedo hacerlo con nuevas experiencias. Esto podría ser suficiente para aquellos espíritus escépticos que nunca estuvieron demasiado convencidos de que la medida del cráneo de una persona da una idea exacta de su contenido, o de que las estadísticas de delitos indican el nivel exacto de la ética nacional. En cualquier caso, dondequiera que los judíos europeos estén viviendo hoy, ya no se comportan según las leyes estadísticas. Los suicidios se producen no solo entre quienes son presa del pánico en Berlín y Viena, en Bucarest o París, sino también en Nueva York y Los Ángeles, en Buenos Aires y Montevideo.

En cambio, cuando se trata de los suicidios en los guetos y en los campos de concentración, sabemos muy poco al respecto. Es cierto que teníamos muy poca información sobre Polonia, pero hemos estado bastante bien informados sobre los campos de concentración alemanes y franceses.

En el campo de Gurs, por ejemplo, donde tuve la oportunidad de pasar algún tiempo, solo oí hablar de suicidio en una ocasión, y se trataba de la propuesta de una acción colectiva, aparentemente un tipo de protesta para hacer reaccionar a los franceses. Cuando algunos de nosotros objetamos que, en cualquier caso, nos habían enviado allí «*pour crever*»,¹ el estado de ánimo general se convirtió de forma repentina en una apasionada

1. Para que reventásemos, para morir. (N. del T.)

voluntad de vivir. Predominantemente, se pensaba que si uno todavía era capaz de interpretar la situación como un caso de mala suerte personal e individual, y en consecuencia terminaba con su propia vida de forma personal e individual, tenía que tratarse de alguien anormalmente asocial y despreocupado de los acontecimientos generales. Pero esas mismas personas, tan pronto como volvieron a sus propias vidas individuales y tuvieron que hacer frente a problemas igualmente individuales, se entregaron una vez más a ese insensato optimismo que raya en la desesperación.

Somos los primeros judíos no religiosos que sufren la persecución —y somos los primeros que, no solo *in extremis*, respondemos con el suicidio—. Quizás estén en lo cierto los filósofos que enseñan que el suicidio es la última y suprema garantía de la libertad humana: no siendo libres para crear nuestras vidas ni el mundo en que vivimos, lo somos no obstante para tirar nuestra vida por la borda y abandonar este mundo. Ciertamente, los judíos piadosos no pueden alcanzar esta libertad negativa; entienden el suicidio como un asesinato, es decir, como la destrucción de lo que el hombre no puede nunca producir, como una interferencia en los derechos del Creador. *Adonai nathan veadonai lakach* («El Señor lo da, el Señor lo quita»); y tal vez añadan: *baruch shem adonai* («bendito sea el nombre del Señor»). Para ellos, el suicidio, al igual que el asesinato, significa un ataque blasfemo a la creación en su con-

junto. El hombre que se quita la vida afirma que no merece la pena vivirla y que el mundo no es digno de albergarlo.

Ahora bien, nuestros suicidas no son locos rebeldes que lanzan un desafío a la vida y al mundo, no intentan matar en sí mismos al universo entero. La suya es una forma silenciosa y modesta de desaparecer, y parecen disculparse por la violenta solución que han encontrado para sus problemas personales. En su opinión, los acontecimientos políticos no tienen en general nada que ver con el destino individual; ellos creen únicamente en su personalidad, tanto en los buenos como en los malos tiempos. Y ahora encuentran en sí mismos unas misteriosas carencias que les impiden seguir adelante. Dado que desde su más temprana infancia han creído que tienen derecho a una determinada posición social, se ven como unos fracasados si no pueden seguir manteniendo dicha posición. Su optimismo es un vano intento de mantenerse a flote. Tras esa fachada entusiasta luchan contra sí mismos de forma desesperada, sin tregua. Finalmente, mueren de una especie de egoísmo.

Si nos salvan nos sentimos humillados, y si recibimos ayuda nos sentimos degradados. Luchamos como locos por una existencia privada y un destino individual, ya que tenemos miedo de llegar a formar parte de ese miserable hatajo de *schmorrers*² a los que muchos de nos-

2. Expresión yidis que significa pordiosero o gorrón. (N. del T.)

otros, antiguos filántropos, recordamos demasiado bien. Y así como en su día no logramos entender que el denominado *schnorrer* era un símbolo del destino judío y no un estúpido cenizo, hoy no creemos tener derecho a la solidaridad judía; somos incapaces de entender que no se trata de nosotros, sino del pueblo judío en su conjunto. Y a veces nuestros protectores han reforzado esta incapacidad de comprensión. Así, recuerdo al director de una gran institución benéfica de París que, siempre que recibía la tarjeta de un intelectual judío de origen alemán, con el inevitable título de «doctor» impreso en ella, solía exclamar «*Herr Doktor, Herr Doktor, Herr Schnorrer, Herr Schnorrer!*».

La conclusión que extrajimos de tan desagradables experiencias fue bastante simple: ya no nos bastaba con tener el título de doctor, y aprendimos que para construir una nueva vida primero era necesario mejorar la anterior. Para describir nuestra conducta, se inventó un bonito cuento de hadas; según este, un triste perro salchicha exiliado, en su desolación, comienza a hablar: «Una vez, cuando yo era un san bernardo...».

Nuestros nuevos amigos, abrumados por tantas estrellas y famosos, apenas entienden que en el fondo de todas nuestras descripciones del pasado esplendor yace una simple verdad humana: hubo un tiempo en que éramos personas por quienes la gente se interesaba, teníamos amigos que nos querían y los caseros sabían que pagábamos regularmente el alquiler. Hubo un tiempo

en que podíamos comprar nuestra comida y montar en el metro sin que nos llamaran indeseables. Nos hemos vuelto un poco histéricos desde que los periodistas empezaron a detectarnos y a decirnos públicamente que dejemos de ser desagradables cuando compramos la leche y el pan. Y nos preguntamos cómo es posible hacer eso que nos piden, pues ya nos comportamos con excesivo cuidado en cada aspecto de nuestra vida cotidiana con el objetivo de evitar que la gente adivine quiénes somos, qué clase de pasaporte tenemos, dónde fueron rellenados nuestros certificados de nacimiento —y que no le gustáramos a Hitler—. Hacemos todo lo que podemos para encajar en un mundo en el que tienes que adoptar una mentalidad política cuando vas a hacer la compra.

En semejantes circunstancias, el san bernardo crece y crece. No puedo olvidar a aquel joven que, cuando se esperaba que aceptara un determinado tipo de trabajo, respondió: «Usted no sabe con quién está hablando; fui jefe de sección en Karstadt [unos grandes almacenes de Berlín]». Pero está también la profunda desesperación de aquel hombre de mediana edad que, después de hacer cola en innumerables comités de refugiados, finalmente exclamó: «¡Y nadie aquí sabe quién soy!». Dado que nadie lo trataba con la dignidad debida a un ser humano, comenzó a enviar telegramas a grandes personalidades y a los importantes contactos que tenía. Rápidamente descubrió que en este mundo insensato es mucho más

fácil ser aceptado como un «gran hombre» que como un ser humano.

Cuanto menos libres somos para decidir quiénes somos o vivir como nos gusta, más intentamos construir una fachada, esconder los hechos y representar un papel. Fuimos expulsados de Alemania porque éramos judíos, pero tan pronto como cruzamos la frontera francesa nos convirtieron en *boches*.³ Incluso nos dijeron que, si realmente estábamos en contra de las teorías raciales de Hitler, teníamos que aceptar que nos llamasen así. Durante siete años interpretamos el ridículo papel consistente en intentar ser franceses —o al menos futuros ciudadanos—; de todas formas, nada más comenzar la guerra fuimos internados como *boches*. Sin embargo, la mayoría de nosotros nos habíamos convertido efectivamente en unos franceses tan leales que ni siquiera podíamos criticar una orden del gobierno francés; así, declaramos que nos parecía bien que nos internasen. Fuimos los primeros *prisonniers volontaires* conocidos en la historia. Y después de que los alemanes invadieran el país, el gobierno francés tan solo tuvo que cambiar el nombre de la empresa; habíamos sido encarcelados por ser alemanes, y ahora no se nos liberaba porque éramos judíos.

3. Expresión francesa con la que se designaba de forma despectiva a los alemanes. (*N. del T.*)